

## El viaje literario

(De la cartera de apuntes de un crítico)

Nicomedes Guzmán



Es muy curioso observar las reacciones que ha producido la novela de Nicomedes Guzmán. Me han asegurado que es un hombre muy joven, nacido y criado en un medio bastante adverso y que su condición de hombre del pueblo le ha permitido expurgar en vidas populares que hasta hoy, muy poco habían sido estudiadas por los escritores chilenos. Todo esto es sin duda valioso para la crítica, aunque no para el lector simple, que por lo demás, forma el mayor volumen de los lectores. Las reacciones de la llamada crítica oficial han sido curiosas, por la sencilla razón de que todos los que han escrito sobre este libro se han detenido a considerar la fealdad de las palabras empleadas por Guzmán. Guzmán, según él mismo lo dice en alguna parte—me parece que en su anterior novela—nació en un conventillo. Si nació en un conventillo es seguro que pasó largo tiempo en él y se identificó, por lo tanto, con la exis-

tencia de ese ambiente, al que no todos están habituados. Sus libros rezuman, como las paredes húmedas, el vaho de la vida fatalizada. El niño no oyó otras expresiones que las que se pronunciaban en ese medio. No conoció otras vidas que las que circulaban cerca de él. Aprendió el arte de la vida brutal, sin reticencias, sin eufemismos.

La novela chilena no ha conocido hasta hoy un hecho parecido a éste. Yo sé que hay otros escritores que han hablado como se dice, del conventillo. Lo han pintado desde otros ángulos, como si dijéramos, mirándolo desde la puerta de calle o desde la entrada. Es diverso el tono. Guzmán ha empleado recursos descriptivos que no emplearon ni Edwards Bello, ni González Vera, ni Alberto Romero, ni Sepúlveda Leyton. Me permito citar a los mismos que he visto citados por ahí, en algunos juicios críticos, creo que en el del señor Uriarte, que lo ha dicho en esta revista. ¿Es tan censurable el empleo de palabras sucias? Si los diálogos son en la novela las voces naturales con que se expresan los personajes, no me parece lógico que el autor pretenda falsearlos, dándoles otra categoría que la que en rigor deben tener. Si el diálogo aspira a reflejar con verosimilitud el lenguaje corriente de los personajes, sería absurdo hacerlos expresarse con palabras limitadas por los prejuicios de clase o de ambiente. Guzmán oyó todo lo que transcribe. Y para castigar esa misma procaacidad tan frecuente en el modo de ser del pueblo y aún de gente que no es pueblo, alternó, en su imagi-

nación de escritor, la procacidad con el breve preludio o postludio poético—y perdóneseme este empleo petulante de palabras para músicos—la iniciación y término de los capítulos de su novela. Alegorías e imágenes parecen allí, balancearse sobre el conventillo, como si fueran las flores puestas en una ventana de conventillo. Suelen verse en algunas, para disimular la suciedad de los interiores... O para poetizarlos...

Disto mucho de creer que sea la novela de Guzmán una novela representativa del pueblo, aunque muchos de sus aspectos son verdaderamente aspectos representativos de este pueblo. Por de pronto, los padres del niño que cuenta sus peripecias, son en verdad muy chilenos y muy populares. Esa bondad y esa dureza, esa delicadeza que conservan en medio del bullir espeso y fangoso de la vida del conventillo o del arrabal, son también perfiles muy característicos de nuestro pueblo. No todo es mugre, vicio, lascivia y haraganería en esa zona que se ha convenido en proclamar como la más huérfana de virtudes. Ahora si se examina con cierta atención la superficie de esa zona, es fácil descubrir, especialmente en la infancia, una como inconsciente salacidad en las costumbres. Guzmán lo ha hecho ver en una serie de notas de un subido tono realista. Todo esto desagrada un poco a los críticos, que suelen a veces volverse excesivamente púdicos.

La novela de Guzmán no es dramática. Y sin embargo hay en ella algo que es categóricamente dramático. Y aquí estriba lo más interesante de esta obra,

porque explica lo que aun no se ha dicho acerca de este aspecto. El hombre del pueblo vive en identificación sorprendente con su miseria física y con su fatalidad. No se rebela jamás contra esa fatalidad. La acepta como un hombre cualquiera acepta el sacrificio de su joroba. La lleva auestas y termina por sufrirla sin más protesta que la que deriva de la burla. Cuando alguien quiere reírse a su costa, surge el hombre de la cuchillada. Cuando al hombre del pueblo se le enseña otra moral y se le ayuda a despojarse de la antigua, deja de ser pueblo. Se convierte en un ser distinto y ocurre a veces que ni siquiera recuerda los padecimientos de los otros. Con las excepciones del caso, esto es casi lo normal. La obra de Guzmán ofrece esta identificación del hombre del arrabal con su suerte y sus costumbres. Un espectáculo acerbo, mucho más duro y mucho más hostigante que el de la procacidad del lenguaje.

Pero éstas no son más que notas para un estudio o simples apuntes de cartera escritos al tono de la lectura de la novela. Queda por buscar lo que significa en la novela chilena esta novela suelta y libre que un hombre joven, ha escrito con los recuerdos de su vida en el mundo del conventillo.



Lo anterior sugiere otras reflexiones. ¿Me permitirá el Director de la revista realizar de vez en cuando un paseo por las letras chilenas y americanas? Es un

paseo sin trascendencia, como el de un señor que camina sin sujeción a itinerario determinado y sólo para satisfacer la ardiente curiosidad de ir descubriendo pequeños rincones entre los ramajes espesos. Descubrimientos de cosas olvidadas, o de sucesos que pasaron sin gloria, debiendo tenerla. No soy yo el que va a dar la gloria, pero al menos contribuiré a que se remoce el seco y yermo horizonte de nuestras letras. Existen autores que ya nadie recuerda. Tienen una obra valiosa, al menos con páginas muy bellas. Cosas humanas, entre las páginas muertas, atisbos de una rara intensidad; figuras de hombres que tuvieron una hora de esplendor en medio de este canto monótono que es nuestra historia literaria.

A propósito de la novela de Guzmán, *La sangre y la esperanza*, he encontrado unas líneas de Joaquín Edwards Bello, en su olvidado libro *La cuna de Esmeraldo*. La edición de esta obra fué hecha en París, en 1918, en la Librería de Rosier. Son unas cuantas palabras en las que se descubre el fondo trágico de nuestra raza. Dice el autor de *El Roto*: «No olvidemos que las analogías étnicas, históricas y civiles existentes entre los pueblos mexicano y chileno son tremendamente sugestivas para nosotros. En Chile el pulque se llama *Aguachucho*; el azteca, *araucano*; el catrin *futre* y los huarachos, *ojotas*. La tragedia puede desatarse ahí donde el bajo pueblo nada tiene qué perder, porque no tiene hogar ni economías y vive en una eterna noche del sá-

bado, un aquelarre de alcohol y de vicio inmundo. La causa de la desorganización de la familia del pe-lado mexicano, meztizo de asteca y español, es la misma del roto chileno, mestizo de araucano y español. En la ciudad de México existe una Corte de los Milagros como en Santiago. En pocos pueblos en el mundo se ven cosas tan espantosas de vicio como en Chile y México».

La «Corte de los Milagros» de que habla Joaquín Edwards bien puede ser ese arrabal pintado de mano maestra por el joven novelista Guzmán. Aunque han pasado muchos años sobre aquel en que la novela discurre, continúa siendo este arrabal lo más pintoresco y más trágico de la vida santiaguina. Sólo que la maldad no es tan honda, como se piensa. El propio novelista ha colocado al lado de los minúsculos seres viciosos que por allí pululan, algunos seres humanos y buenos, que los hay, quizá en mayor medida de lo que se piensa.



Un olvidado

¿Qué se ha hecho René Brikles? Escribió algunas novelas que tuvieron fortuna hace ya muchos años. Un día le vimos en nuestras calles, con la carga penosa de sus años auestas. Había escrito Los últimos proyectos de Eduardo Castro, narración de la guerra civil de 1891, con páginas de un

positivo valor. Son especialmente dignas de ser recordadas las que consagró a las batallas de Concón y Placilla, en las cuales hizo pasar un soplo caliente de realidad a través de los episodios brutales de esas acciones decisivas. Pero he aquí que en una vieja revista de 1896, La Revista Ilustrada, encuentro este romance del entonces juvenil René Brikles, del que fué amigo de los escritores de fines del siglo pasado, del que conoció a Darío y alternó en diarios y revistas con la pléyade literaria de aquellos años. Lo saco de allí como si fuera una flor, en homenaje a este olvidado escritor que arrastra su incurable melancolía solitaria no sé yo en qué rincones de Santiago: **Canción lejana**, se llama este romance:

Florechitas de Amancaes  
 cual dulces memorias traes  
 con los aromas de allá . . .  
 cuántos primores lejanos  
 de piñas y de bananos  
 y de flores de San Juan!  
 Era muy pobre esa niña  
 la vendedora de piña,  
 a quien hicieron cantar  
 —Ya que tú nunca sonríes  
 dinos pues los yaravies  
 de la ribera natall  
 —Fría es la tierra chilena,  
 dulce el cantar de la quena

melodioso y triste al par...  
—Fría es la tierra de Chile  
pobre niña, dile, dile  
tu secreto sólo al mar,  
al helado mar de Arauco  
que solloza frío y glauco  
algún lejano cantar...  
Y con los vagos rumores  
iban recuerdos de amores  
que se llevaba la mar,  
unidos a los lejanos  
perfumes de los bananos  
y las flores de San Juan...



Rasgos del olvidado...

Su melancolía era ciertamente incurable. Un crítico de aquellos años, René Vinci—alguna vez hablaré de este crítico—en la misma revista en que encontré los versos de Brikles, escribía a propósito de la novela mencionada un largo artículo que empezaba del siguiente modo:

—«¿Y esa novela?

Con esta pregunta u otra análoga solían saludar a Brikles, sus amigos, los que sabían que estaba escribiendo una.

—Ya saldrá, ya saldrá—respondía Brikles, agachándose de hombros y alumbrando con una sonrisita,

entre irónica e inocente, su rubia cara casi siempre nublada por el aburrimiento más negro».

Este negro aburrimiento y aquella melancolía incurable, malograron sin duda para el arte, el temperamento de este escritor que tan buenas muestras de su talento había dado, a lo largo de una azarosa jornada. En 1896 aparecía escribiendo en la revista *El Mes Ilustrado*, órgano del centro literario *La Flecha*, del cual formaban parte Federico Gana, Francisco Concha Castillo, Ricardo Montaner Bello, Enrique Nercaseau Morán, Zorobabel Rodríguez, Luis Orrego Luco, Manuel y Emilio Rodríguez Mendoza, Alberto del Solar, Gustavo Valledor, Julio Vicuña Cifuentes y muchos otros. Figuran allí en las revistas del tiempo, sus bocetos y croquis, sus brochazos del natural, notas y atisbos de la vida santiaguina, escritos en estilo sencillo, casi familiar, pero profundamente tocados por la amarga tinta de su «negro aburrimiento». Brikles fué un gran admirador de Poe y Baudelaire, de Balzac y de Zola. Estaban de moda por aquel tiempo y nadie escapaba a la influencia poderosa que ejercían. Pero Brikles iba de un punto a otro, de un escritor a otro, sin abandonar nunca la idea que le atenaceaba: escribir una novela nacional, una novela chilena. El crítico que le estudió con cierta profundidad, contó algunas de las intimidades del novelista, al cual no le concedió sino una importancia muy relativa. La novela no logró satisfacer plenamente las esperanzas que se habían fundado en el autor. Pero

es preciso leerla ahora, para comprender lo que en ella palpita de interesante, de chileno, y lo que significa en el desenvolvimiento de la novela chilena y también lo que encierra como arte precursor en la pintura de la vida nacional, especialmente de un episodio tan trágico de la vida nacional, como es la revolución del 91.



### Proceso literario

Nuestro proceso literario es lento y accidentado, y está jalonado por muy contadas obras y por muy contados autores de relieve. En América española es quizá uno de los países con mejor y más robusta literatura. El escritor chileno fué siempre muy poco afortunado en su país y no porque la sociedad chilena tuviera el aire de una sociedad excepcional, sino porque esta sociedad era de estirpe mercantil y agrícola. Don Eusebio Lillo, con ser el autor del Himno Nacional en tiempos en que eso era algo, apenas si fué reconocido como poeta. Pasaron muchos años antes de que el señor Lillo alcanzara la preeminencia a que tenía sobrado derecho. Barros Arana no cosechó mayor provecho económico con su Historia y hasta se sabe que hubo de obsequiarla a sus amigos para que la leyerañ.

Una de las cosas que más hacía sufrir a Rubén Darío era que se dijera de él que era un bohemio. Cuando llegó a Santiago, vestía en realidad del modo más inverosímil: un pantalón ceñido a cuadros plomos

y un jaquet café. Era alto y desgarbado y su mirada brotaba de unos ojos tristes y ensimismados. Se burlaron de él, a pesar de que desde el primer momento estuvo rodeado por un grupo de fieles y entusiastas amigos. Es, sin embargo, interesante observar que la bohemia de los escritores santiaguinos de algunos, por lo menos, de aquel tiempo era una bohemia elegante: vestían de frac y guante blanco y fumaban unos opulentos «Aguilas Imperiales», que hoy ya no existen. Se reunían chez «Papá Gage» y bebían champagne casi todas las noches, en las cenas bulliciosas que allí se preparaban. Alfredo Irarrázaval modificó la indumentaria de Darío y le llevó donde su sastre: Monsieur Dumas. Tampoco nadie usaba melena entre los que escribían. Eran muy correctos y muy refinados. Pero eran casi todos gente aristocrática, como se dice, y vivían sin urgencias mayores. Por supuesto que la sociedad santiaguina hacía la vista gorda cuando alguno de estos hombres se sobrepasaba en sus vehemencias.

La aristocracia dejó de preocuparse de las letras, aunque no de las bancarias. Pero a partir de 1891, la literatura, y los hombres que a ella se entregaron, pertenecían a otra clase social: la clase media. Esta clase media vilipendiada y humillada siempre, que subía no obstante lentamente y ocupaba las posiciones mal defendidas por la otra clase, es la que ha dado los mejores escritores al país, y las generaciones que sucedieron a la de 1880, puede decirse que han sido las más fecundas y las que más poderosamente han sabido

llevar su rol en la novela, en el cuento y en la poesía. No eran escritores como los del año 80, hombres elegantes, ni asistían a los bailes, ni bebían champagne, sino por excepción. Eran otros los círculos sociales en los cuales se les veía discurrir, y más de alguno, por no decir muchos, la mayoría, apenas si podía subsistir con sus precarias entradas. Hombres heroicos, puesto que tomaron la peor parte de la vida y debieron luchar contra un ambiente que siempre les fué hostil. La sociedad no tomó nunca en serio a los hombres de letras, cuando éstos no eran de clases elevadas. Persistía ahora el antiguo concepto de la bohemia zarrapastrosa, de esa bohemia que busca los mesones de los bares y las casas llamadas de mal vivir, para vaciar sobre ellos sus quejumbres y sus versainas.

A tal grado llegó entre nosotros la burla y el escarnio del escritor—la clase media que todo lo imita imitó también el desdén hacia el hombre de letras—que muchos poetas tenían vergüenza de que les llamaran poetas. Otros temían decir que eran escritores. Se había llegado a establecer, por una tácita y estúpida conformidad mental, la idea de que el escritor no era más que un sujeto inmoral o, cuando menos, dudoso. Hay, es cierto, y siempre los ha habido, ejemplares inmorales y dudosos. Pero los hay en cantidades excesivas en otros gremios. Y si me apuran un poco, diré que donde menos hay, es entre los escritores.